



## Capítulo 268 - Pueblo élfico

El bosque fronterizo se extendía sin fin a lo largo de la franja norte de la Zona de las Bestias Salvajes, con su dosel espeso y opresivo bajo el sol de la tarde.

Aquí, donde el alcance del Imperio Eldoria apenas se tocaba, la supervivencia significaba someterse a las reglas de los fuertes.

El pequeño pueblo élfico de Silmaren existía como un frágil hilo atrapado entre mundos—rodeado por todos lados por los asentamientos orcos del clan Grak'thar.

En el callejón sombreado entre dos estructuras de madera desmoronadas, un joven elfo presionó su espalda contra la áspera pared de corteza, respirando en jadeos cortos y desesperados.

Su delgada figura tembló mientras tres mujeres orcas se acercaban, con sus formas musculares bloqueando cualquier ruta de escape.

"Mira esta cosa bonita", gruñó una de ellas, con su sonrisa de colmillo abierto mientras sus gruesos dedos extendían la mano para trazar el contorno de su pene a través de su sencilla túnica marrón. "Apenas hay nada allí. Como una maldita ramita."

"Qué cosita tan graciosa", se rió otra, mientras su mano callosa lo manoseaba sin dudarlo, apretando sus bolas a través de la tela, haciéndolo temblar de dolor. "¿Qué sentido tiene un equipo que ni siquiera puedes utilizar correctamente?"



El rostro del elfo ardía de color carmesí y las lágrimas le picaban en las comisuras de los ojos mientras intentaba encogerse aún más contra la pared.

Sus manos se levantaron débilmente, tratando de alejarlos, pero el gesto fue patético contra su fuerza.

"Para... por favor", susurró, con la voz quebrada.

"Aww, está rogando", arrulló burlonamente la tercera mujer orca, agarrando el cuello de su túnica. La tela se rasgó ligeramente mientras ella tiraba, dejando expuesta la piel pálida. "Veamos si el resto de él es igual de decepcionante. Vamos, muéstranoslo—"

"Quítale las manos de encima. Acum."

La orden atravesó el aire como una flecha, afilada y mortal.

Los tres orcos se giraron y vieron a una mujer parada en la boca del callejón, con la postura relajada pero los ojos fríos como las heladas del invierno.

Ella era elfa, mayor que el niño, con cabello rubio plateado atado en una trenza de guerrero y un lazo colgado en la espalda.

A pesar de ser más pequeños que los orcos, había algo en su presencia que los hacía dudar.

"¿Es esta tu mascota, Sylvane?" La mujer orca principal preguntó, aunque su mano se aflojó sobre la túnica rota del niño.



"Es mi sobrino", respondió Sylvane uniformemente, dando un paso adelante. Su mano descansaba casualmente sobre el cuchillo que tenía en la cadera. "Y te sugiero que recuerdes quién te ha estado enseñando a encordar un arco sin dispararte a los propios pies. ¿A menos que prefieras que deje las lecciones y te permita seguir avergonzándote en las cacerías del bosque?"

Los orcos intercambiaron miradas y la irritación parpadeó en sus rostros. El líder escupió a un lado, liberando al niño elfo con un fuerte empujón que lo hizo tropezar.

"Tch. Bien. Entonces mantén a tu pequeño y lindo niño con una correa más ajustada. No me gustaría que le pasara algo cuando no estás cerca." Ella se burló, inclinándose cerca del rostro de Sylvane. "Recuerda, elf—solo eres valioso aquí mientras seas útil. En el momento en que dejes de enseñarnos, no habrá nada que proteja a este patético pueblo tuyo"

"Muy bien notado", dijo Sylvane sin pestañear. "Ahora regresa a tu campamento. "Estoy seguro de que hay mucha cerveza esperando a que os ahoguéis"

Las tres mujeres orcas se rieron groseramente y pasaron junto a ella mientras salían del callejón. Sus pesados pasos se desvanecieron en la distancia, seguidos de chistes groseros y risas estridentes.

En el momento en que se fueron, Sylvane se volvió hacia su sobrino.

Sus manos temblaron mientras intentaba mantener unida la tela rota de su túnica, mientras las lágrimas corrían silenciosamente por su rostro.

Su mandíbula se apretó con fuerza, rechinando los dientes contra la humillación que lo atravesaba.



"Tía Sylvane, yo—" Se le quebró la voz.

"No lo hagas", dijo suavemente, moviéndose hacia un lado y colocando una mano firme sobre su hombro. "Vamos a recuperarte primero."

"Lo siento", exclamó, inclinando la cabeza hacia abajo mientras su cuerpo temblaba. Las lágrimas ahora eran más duras, calientes y amargas. "Lo siento mucho. Soy débil. No pude... Ni siquiera puedo protegerme. Tienes que seguir salvándome. Soy inútil—"

"Detener." La voz de Sylvane era suave pero firme. Ella esperó hasta que él la miró, con los ojos rojos e hinchados. "Está bien. Estás vivo. Eso es lo que importa. Acum vino. "Vamos a casa."

Ella le rodeó los hombros con un brazo, guiándolo fuera del callejón y a través del sinuoso camino hacia el centro del pueblo.

Mantuvo la cabeza gacha, incapaz de mirar a los ojos de nadie con quien pasaban.

Silmaren se reveló mientras caminaban—una colección de modestas viviendas construidas entre los grandes árboles, conectadas por puentes de cuerda y plataformas de madera.

Pero no había duda del declive del pueblo.

Donde antes podía haber vida vibrante, ahora sólo quedan los restos. Viejas mujeres élficas se sentaban afuera de sus casas, con sus rostros desgastados grabados con resignación mientras remendaban ropa o clasificaban hierbas.



Unos jóvenes elfos, frágiles y tímidos, llevaban agua desde el pozo central, con movimientos rápidos y nerviosos, siempre mirando por encima de los hombros.

Sin guerreros. No hay cazadores. Sólo los viejos, los débiles y los asustados.

La plaza del pueblo era poco más que un claro con un pequeño santuario, su superficie de piedra agrietada y cubierta de musgo.

Un puñado de niños jugaban cerca, con la risa apagada, como si hubieran aprendido pronto que demasiada alegría atraía el tipo de atención equivocado.

"Sylvane ha vuelto", murmuró una anciana al pasar.

"Con el chico otra vez", susurró otro. "Pobre niño."

Los puños del sobrino se apretaron más a los costados, pero no dijo nada. ¿Qué había que decir? Todos lo sabían.

Él siempre fue el centro del acoso sólo porque su madre fue una vez jefa de la aldea y su tía fue quien enseñó a los orcos a usar arcos, permitiéndoles descargar su frustración en él.

Caminaron en silencio hasta llegar al otro extremo del pueblo, donde un enorme árbol antiguo se distinguía de los demás.

Su tronco medía fácilmente veinte pies de ancho, retorcido y retorcido por la edad, y sus raíces se extendían como venas por la tierra.

Se había tallado una puerta en la base, lisa y desgastada por siglos de uso.



Sylvane se detuvo afuera de la puerta, con la mano todavía sobre el hombro de su sobrino.

"Vete", dijo ella en voz baja. "Toma la bendición de tu madre."

Él asintió, incapaz de hablar más allá del nudo en su garganta. Con manos temblorosas, abrió la puerta.

En el interior, el aire estaba fresco y quieto, con un leve aroma a lirios blancos.

La cámara principal había sido ahuecada con cuidado, sus paredes lisas y revestidas con símbolos tallados de protección y paz.

Luz suave filtrada a través de aberturas muy arriba, proyectando patrones suaves a lo largo del piso de madera.

Y allí, en el centro de la habitación, sobre una cama cubierta con sábanas pálidas, yacía su madre.

Estaba rodeada de flores blancas —cientos de ellas, cuidadosamente colocadas y cuidadas.

Su madre yacía perfectamente quieta, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Su rostro era sereno, hermoso incluso en su vacío.



Su piel tenía un brillo tenue, la magia de preservación mantenía su forma exactamente como había sido. Pero su pecho no se levantó. Sus ojos no revoloteaban. Ella no respiraba, pero no estaba muerta—suspendida en ese terrible espacio entre la vida y la muerte, inalcanzable.

"Madre... "No creo que pueda soportar esto por mucho más tiempo."

